

Fragmentos para volver a contar la historia

1. Sarmiento y la hora de los guerreros cartesianos

El mito de Paz como general “cerebral” y “matemático”, que resolvía batallas como quien demuestra un problema de ajedrez sobre el tablero, se la debemos ¡cuándo no! a Sarmiento, quien llegó a hacerle decir a Quiroga, a propósito del “Manco” y de la derrota de La Tablada: “¡Me venció con pasitos de contradanza!”.

Es comprensible. En un universo que funda todo su prestigio en parecer racionalista e ilustrado, hasta la imagen de ese caos que son las batallas (o precisamente ese caos, por ser tal) debe ser presentado o enmascarado como una operación ajedrecística, con la belleza y la limpieza de una demostración algebraica en la pizarra.

En el *Facundo*, Sarmiento acotó que “una batalla es un problema que resolvía por ecuaciones”, y David Peña, que en definitiva era liberal y positivista, se pegó –en sus conferencias desmitificadoras de 1903– al juego metafórico, llamándolo “guerrero matemático”. Paz corrió el peligro de convertirse en ese personaje del Buscón de Quevedo, que pretendía ganar asaltos de esgrima con ayuda del “ángulo obtuso” y las “líneas paralelas”, aunque el “Manco” tuvo más suerte. La Tablada le costó tres días de “figuras de contradanza”, pero terminó por imponerse a Quiroga en ese minué de la muerte que asombró a más de un testigo europeo.

Mitre, más espectacular que Sarmiento en la diatriba y elogio, arriesgó en su arenga fúnebre de 1854 que “sólo la muerte pudo vencerlo y desarmarlo”. Mentira. En El Tío, frontera de Santa Fe, le boleó el caballo un chino de nombre Ceballos, de una partida exploradora del ejército de Estanislao López. La maturrangada, en este país de jinetes (aunque Sarmiento juzgaba como una vanidad nacional “mezquina” el “ser de a caballo”), le costó ocho años de prisión, y convertirse por añadidura en escritor, que es el destino luctuoso de los militares chambones.

Aunque Charles Darwin, que era otro “científico” (y encima británico), la hizo todavía mejor: consiguió bolearse a sí mismo, como nos cuenta en el capítulo tercero de su *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*.

El opuesto simétrico de Paz fue en realidad Lavalle, que según San Martín era valiente pero “sin cabeza para dirigir cosa alguna”. Sin embargo le tocó a Quiroga hacer de pato de la boda, y a Lavalle de héroe byroniano y temperamental, que era una forma disimulada y romántica de llamarlo bruto.

De la que se habla menos es de la auténtica filiación política de Paz, nada federal, desde luego, pero al que le faltaban varias materias para recibirse de unitario al gusto

del doctor Rivadavia. Entonces le inventaron, para compensar el *handicap*, la maña matemática y relojera con que lo consagró definitivamente la historiografía liberal.

La curioso es que con ese modelo tan conspicuo de relojería suiza, la “solución final” (el Chacho, Varela, la guerra contra el Paraguay, López Jordán, los indios, etc.) se la hayan encomendado a militares coma Arredondo, Sandes, Paunero, Irrazábal, Gelly, Rivas, Gainza, etc., que eran muchas cosas, menos guerreros cartesianos.

2. La civilización de los bárbaros

En un capítulo de sus *Investigaciones pedagógicas* (cfr. tomo III, pp. 215-222), Saúl Taborda sostiene que los *Recuerdos de provincia* de Sarmiento son uno de los documentos indispensables de nuestra historia de las problemas educacionales.

Sarmiento –según Taborda– explicita en esas páginas la decisiva influencia pedagógica de la línea *escuela-comunidad-hogar*, a pesar de su aparente parvedad de recursos, o quizá por esa misma decorosa parvedad.

Bastaría con leer esas páginas de Sarmiento, en efecto, y la glosa comunalista de Taborda, para comprender que en cierta medida constituyen el anverso crítico del *Facundo*, y una sentida reivindicación de esa aparente “barbarie” de las campañas seculares, denunciada por el sanjuanino en su texto de 1845.

En 1850, cinco años después de redactar *Civilización y barbarie*, Sarmiento escribe una vindicación de cierta moral pedagógica (profundamente democrática y no menos profundamente sabia) que se conserva intangible en esas “soledades” que antes había descripto como el nidal y albergue de toda infamia oscurantista y retrógrada.

No parecen tales, por cierto, las referencias a la formación impartida por doña Paula, el presbítero José Castro, José Oro, Ignacio y José Genaro Rodríguez, el círculo de amigos juveniles, etc., o como dice Taborda: “escuela, hogar, iglesia y plaza pública integraban, pues, el orden educativo de la comuna”, nutrido en su indudable excelencia por “las concepciones nutricias del humanismo español”.

Cabe conjeturar, sin embargo, una intencionalidad perversa o segunda en el texto de Sarmiento, que nos llevaría hacia un terreno diverso del propuesto por la tesis de Taborda y por la hipótesis reivindicatoria (y en consecuencia anti-facundiana). Sarmiento, lejos de reconocer y reivindicar lo que había negado en *Civilización y barbarie*, está “hermoseando” ciertas circunstancias biográficas –particularmente las que se refieren a su educación y formación juvenil– con un claro propósito proselitista. La suya, en consecuencia, es una *prosa de aspirante* que se esfuerza por destacar ciertos linajes y cierta calificación moral e intelectual.

Si la necesidad operativa de combatir a Rosas en 1845 lo induce a denostar y desprestigiar a sus paisanos, reduciéndolos a una suerte de “bestialismo” pedagógico, en una campaña sin recursos educativos ni ejemplos morales, en 1850 el deterioro del régimen rosista y la proximidad cronológica del “pronunciamiento” de Urquiza, con todas las perspectivas que abre para los emigrados, lo induce, contrariamente, a edulcorar el panorama y a reconocer centros de excelencia de los que había prescindido un lustro antes.

Ahora Sarmiento aspira a ocupar un lugar en el nuevo panorama de la Argentina post-rosista, y no parece extraño que su libro *Recuerdos de provincia* tenga directa relación con esta nueva estrategia posicionista.

3. Superioridad trascendental del orangután

Alberdi, por esas cosas, no lograba disociar a la población anglosajona de la civilización del vapor, la máquina, el comercio, la locomotora, la vacuna antivariólica, etc. La civilización, para él, era consecuencia directa y necesaria de los genes anglosajones, y por consiguiente fundaba nuestra hipotética “regeneración” nacional en el trasplante de gringos, con el propósito mejorante de producir híbridos de gringo y criolla, como más tarde se mestizó a los “guampudos” de las pampas con los “tarquines” traídos de Inglaterra.

Es de imaginar que si los gringos –ocurrencia que, dato más dato menos, le pasó por la cabeza al psicólogo W. Köhler– hubiesen fundado su prosperidad industrial y comercial en la domesticación de orangutanes, el docto tucumano hubiese predicado la conveniencia de “regenerarnos” por cruza con esos simpáticos simios, sin dudar de las ventajas “civilizatorias” del mono, etc.

Es casi fantástico, pero leyendo *Bases y Sistema económico y rentístico* advertimos que nuestro doctor Frankenstein pensaba en realidad en un país hueco, sin gente, o más bien en una entelequia teórica cuyo escenario accidental eran estas tierras, como podía serlo la Arabia Deserta, la isla de Sumatra o el Congo. Curiosa perturbación intelectual, en hombre tan zahorí, a la que rindieron culto sus epígonos y seguidores.

4. Los “fundacionales” y las razones del loro

Alberdi y sus amigos del Salón Literario hacían un corte tajante con lo hispanocriollo, que pasaba a convertirse en todo lo que había sucedido en el Río de la Plata antes de 1810. Por este artificio parecían no advertir o no admitir la existencia de una *continuidad cultural* en el propio contexto de 1837 (año del *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* y de las reuniones en el Salón de Marcos Sastre).

Tan profunda era esta necesidad de *cortar con el pasado*, que el joven Alberdi se quejaba en *La Moda* (cfr. “Reglas de urbanidad para una visita”) hasta de las razones que parloteaban los viejos loros hogareños: “Las costumbres literarias del loro y de la cotorra, como las de nuestra sociedad siguen las mismas que en tiempo del rey. En vano ha habido una revolución americana: el loro como si fuera, vizcaíno de nación, no ha querido entrar en la revolución. Todavía sigue con ‘lorito real, para España y no para Portugal’. No diría eso el loro si leyese los periódicos y viese cómo está la España, aunque fuese más carlista que el finado Zumalacárregui”.

Por lo tanto, la sociedad criolla (incluidos los loros) tenían necesariamente que “fundar” la nueva identidad, que ampliar o teorizar el gesto “fundacional”, en una actitud ciertamente precursora, que se repetiría, de modo casi invariable, en otras instancias y tiempos político-culturales de la Argentina, desde los días de *La Moda*.

La trama de nuestra historia está sobrecargada de signos y fracasos “refundadores”, e inclusive en estos días asistimos a una suerte de fervor por la supuesta *fundación* de la “segunda república”, que sería probablemente *informática, robótica y genética*, como la otra era meramente *tipográfica y alfabética*.

Quienes se nieguen a aceptar la difundida doctrina del conocimiento histórico como “ojo en la nuca”, corren el riesgo de aparecer como aquellos loros anacrónicos de Alberdi, aunque –a juzgar por los resultados– los auténticos “loros”, en todos los tiempos, fueron los repetidores más convencidos y entusiastas de las teorías “fundacionales”.

